

á combatirla, acababa de tomar una decisión que la su primía y había emplazado al rey para que compareciera á tratar este asunto.

Pero León X, que no era hombre para obrar brutalmente, y mucho menos con un vencedor, propuso al rey una entrevista, en la cual cada uno de los dos soberanos intentaba engañar al otro. El papa estaba poseído de su habilidad y de su elocuencia, y Francisco I gustaba de oír alabar la seducción que ejercía sobre cuantos se le acercaban y se consideraba muy diestro en el manejo de los hombres: «Estoy persuadido, decía, de que le engañaré.» Convínose en que los dos soberanos se verían en Bolonia: Francisco I entró en 11 de diciembre en la ciudad, en donde se encontraba ya el papa desde algunos días antes. Veintidós cardenales, en traje de ceremonia, salieron á recibir al monarca y las calles de la población estaban adornadas con arcos de triunfo en los que se leían inscripciones laudatorias. A las tres encaminóse á la sala en donde se encontraba el papa; iba vestido con una túnica de paño de oro con adornos de mara cebellina y acompañado de los más ilustres señores de su reino. León X estaba sentado en su trono pontificio, cubierta la cabeza con la tiara y rodeado de los cardenales y de todos los embajadores. Los dos soberanos «se besaron en la boca» y luego Duprat pronunció en latín un elegante discurso al que el papa contestó en breves términos.

Al día siguiente de esta sesión aparatosa, preparóse el Concordato en una sesión íntima. Lo propio que los dos príncipes, vivían en gran familiaridad sus respectivas cortes: los franceses mostrábanse «más humanos y más graciosos que de ordinario;» colmaban al papa de muestras de respeto; no cesaban de besarle los pies religiosamente y de solicitar su bendición; comulgaban en masa y aun algunos de ellos suplicaban, según parece, á León X que les perdonara el haber combatido á su predecesor, á lo que el papa no oponía la menor dificultad.

El Concordato es un hecho capital en la historia eclesiástica de Francia. Más adelante examinaremos su texto, su carácter y sus consecuencias; pero por lo que toca á la política italiana de Francisco I, podemos desde luego decir que tuvo por resultado el que el monarca pudiera esperar la alianza pontificia, la cual no estaba todavía asegurada á fines de 1515. Los enemigos del rey esforzaronse en atraerse nuevamente á su causa á León X; pero en noviembre de 1516 los obispos de Lodeve y de Saint-Malo, enviados á Roma, pactaron al fin una liga con el Sumo Pontífice, con la República de Florencia, con el duque de Urbino y con todos los miembros de la casa de Médicis.

Muy poco después de Marignán, el gobierno de Francisco I trató de congraciarse con los suizos, «maravillándose de que los dichos señores de las ligas, que son hombres de talento y de entendimiento y perspicaces,» se hubieran dejado sorprender por las palabras de los enemigos; recordándoles que sus aliados les habían abandonado en el momento de la lucha, é insinuándoles que les convenía más unirse á él que á ningún otro. «Del emperador conocen el porte de su ballesta,» decía desdeñosamente. Pero al mismo tiempo que hacía proposiciones á las ligas, no dejaba de abrigar respecto de ellas toda clase de desconfianzas, y los embajadores

franceses habían recibido la recomendación de mostrarse prudentes en extremo, «no aclarándoles ni especificándoles demasiado las cosas á fin de no abrirles demasiado el entendimiento y de no hacerles pensar en lo que no piensan;» más que una paz debían procurar obtener una alianza «por cualquiera causa que sea.» Pero los delegados de los cantones hacía tiempo que habían dado pruebas de su habilidad. Por otra parte, Suiza continuaba dividida: Friburgo, Berna y Soleure, que eran partidarios del rey, arrastraron consigo cinco cantones; los demás permanecieron hostiles. Después de largas negociaciones, firmóse en Ginebra, en 7 de diciembre de 1515, un tratado, pero con ocho cantones solamente.

Francisco I reanudó las negociaciones en mayo de 1516, recurriendo, como ya en otras ocasiones lo había hecho, al sistema de pensiones y donativos, y recomendando que se gratificara «á los que dirigen y guían al pueblo» y que «se procediera con gran destreza.» Era menester inducir á los cinco cantones disidentes, especialmente Schwitz y Uri, que eran considerados como los más influyentes, á que se unieran á los demás; pero aquellos cantones se declaraban dispuestos á firmar un tratado de paz, mas no de alianza. Al fin el rey consiguió un tratado general con los trece cantones, la famosa *Paz perpetua*, que se firmó en Friburgo en 29 de noviembre de 1516: los suizos recibían 700.000 escudos, 400.000 por los «gastos y perjuicios» que les había ocasionado el sitio de Dijón, y 300.000 por los «gastos y perjuicios» sufridos en la expedición del Milanesado; de manera que se les indemnizaba de los gastos que habían hecho combatiendo contra Francia. A esto se añadía una suma de 300.000 escudos por la restitución de los castillos de Lugano y de Locarno y de las plazas de la Valtelina y Bellinzona que quedaban en poder de los confederados; además se concedía á cada uno de los cantones una pensión anual de 2.000 francos. Razón tenía, pues, Barrillon para escribir que «los suizos no se avergüenzan de pedir.»

A este precio se aseguraba la abolición de todas las antiguas contiendas y la conclusión de una alianza. «Los suizos no habrán de consentir ni tolerar el ponerse al servicio de los príncipes, señores, comunidades que quieran pretender y perjudicar al dicho señor rey en su reino, en su ducado de Milán ó en sus pertenencias. La «paz» es perpetua á fin de que el «diablo» no pueda turbarla. En el fondo, aquel tratado era la repetición, con éxito afortunado, de toda la primera política de Luis XII, es decir, poner al servicio de Francia á todo el mercenariado helvético. Sin embargo, el triunfo de Francisco I lo era sólo á medias, porque en realidad obtenía más bien que una alianza una paz ó á lo sumo una alianza simplemente defensiva.

La política seguida con Carlos de Austria fué también, en gran parte, repetición de la que Luis XII siguió con Felipe el Hermoso cuando se contraponían á éste ó Maximiliano ó Fernando. El joven príncipe substraía cada vez más á la influencia de su tía Margarita y de su abuelo el emperador, y desde 1514 sus servidores tenían que defenderse contra toda suerte de censuras á causa de su afán por obrar libremente, de su obstinación y de su altanería. La necesidad que tenía del apoyo de Francisco I le movió á aproximarse á este

monarca, y la muerte de Fernando de Aragón, acaecida en 23 de enero de 1516, hizo aún más necesaria la amistad del rey, «su buen señor padre,» como él le llamaba. En efecto, la madre de Carlos y su hermano tenían derechos sobre Castilla; los aragoneses estaban muy poco dispuestos á mantener la unión de los dos reinos, y los españoles se mostraban muy poco favorables á Carlos, de quien decían que era demasiado flamenco. Francisco I podía obrar: «El dicho señor ha recibido numerosos avisos de los reinos de Castilla y Aragón, según los cuales, con sólo querer inclinarse y dar la mano á los descontentos, podría meter mano fácilmente en los dichos reinos sin cometer ninguna violencia;» pero no quiso hacerlo, creyendo tal vez á Carlos más débil de lo que en realidad era ó confiando en oponerle á Maximiliano y en obtener de él toda suerte de concesiones, lo cual fué una torpeza grave.

En primer lugar, las negociaciones que debían entablarse en Noyón en 1.º de mayo fueron aplazadas para el 1.º de agosto, aplazamiento favorable al joven rey de España. Cuando, al fin, se reunieron los embajadores, los de Francia llevaban instrucciones que tendían á la extinción de todas las discordias y á la paz universal, á fin de emprender la guerra contra los turcos y librar á «los pobres cristianos del cautiverio en que se encuentran;» pero de ambas partes surgían controversias que hacían difícil el acuerdo. Los embajadores de Carlos promovían la cuestión de Borgoña, y la lista de las provincias que reivindicaban en su nombre comprendía casi la quinta parte de Francia. A su vez, los embajadores de Francisco I tenían el encargo de pedir «cuando menos, y en último extremo, Nápoles y el Rosellón.» Lo demás que habían de reclamar era sencillamente Aragón, Cataluña, Mallorca y Menorca y por añadidura 200.000 escudos. Estas exageraciones, que reaparecerán por ambas partes durante el reinado de Francisco I y que en algunos casos serán discutidas seriamente, no hacían sino proporcionar á los diplomáticos ocasión de desplegar su erudición y su elocuencia (las instrucciones francesas para las conferencias de Noyón contienen siete páginas sobre la historia de los derechos pretendidos); pero era preciso después llegar á las cuestiones prácticas.

Fueron éstas resueltas en 13 de agosto, entre Boisy y el señor de Chievres, buscándose una vez más la solución en un casamiento austro-francés; pero en lugar de Renata, hija de Luis XII, se propuso á Carlos una hija de Francisco I, la princesa Luisa, que había nacido oportunamente el año anterior, con lo que se creyó haber realizado una obra perfecta. A la novia se le daba en dote la parte del reino de Nápoles sobre la cual formulaba Francia sus pretensiones; Carlos, á su vez, desistía de las suyas sobre Borgoña, quedando fundidas todas las antiguas contiendas en el afecto cordial de los dos monarcas. El tratado de Noyón es, pues, un acto ó una tentativa de *fraternidad*.

En él se había hecho «amistosamente» mención de Navarra. Después de la muerte de Fernando, Francisco I había escrito á los Albret que «eran llegados el tiempo y la hora de obrar con diligencia;» pero no pasó de estas vagas excitaciones, en tanto que Carlos era reconocido rey por las Cortes navarras en 22 de febrero de 1516. La muerte de Juan de Albret, acaecida en 17

de junio, sobrevino muy oportunamente para Carlos entre las dos conferencias de Noyón. Condolieronse los conferenciantes de la dolorosa situación en que quedaban la viuda y los hijos del difunto y hasta declararon en un artículo especial que Carlos se esforzaría por «contentarles;» pero como á esta declaración se añadió que el rey de Francia en ningún caso se apartaría de la alianza del rey católico, la cuestión de Navarra quedó enterrada. Francisco I la reproducirá más tarde, aunque sin ningún vigor, cuando se convencerá, después de 1519, de lo que valen «la alianza y la amistad de Carlos.»

A partir de aquella época, se puede apreciar distintamente un rasgo del carácter y de la política del monarca francés, á saber: la propensión á entregarse, sin reserva, á su idea de momento, á mostrar una confianza fácil, entera, ciega, á ser, en una palabra, el hombre de los impulsos y por ende inconstante, variable. En 1516 á 1517 dábale importancia decisiva á la alianza con Carlos, y éste comenzaba ya, en pequeña escala, á desempeñar su papel de árbitro de Europa, mientras trataba de hacerse de ella dueño, intentando reconciliar á Francia con el Imperio y asegurar la paz de Italia. Convínose entonces en reunir una dieta en Cambrai á fin de zanjar definitivamente las cuestiones pendientes entre Maximiliano y Francisco I.

Boisy, cuando se encaminó á Cambrai, era portador de largas instrucciones. «La primera proposición será sobre el asunto de Grecia para conquistarla, contribuyendo conjuntamente á los gastos, y repartiéndola por partes iguales.» Esto equivalía á resucitar la idea de las cruzadas y realmente los triunfos obtenidos por el sultán Selim, que había vencido á los persas en 1515 y conquistado la Siria en aquel mismo año de 1516, eran motivo suficiente para alarmar á Europa. «Si esta proposición no es agradable,» Boisy podía proponer la conquista en común de Calais, que quedaría en poder del rey de Francia, recibiendo el emperador Tournay. «Y hecho esto, si se quiere ir más allá, se podrá fácilmente conquistar el reino de Inglaterra y enriquecerse con los bienes que allí hay.» Después podrá dividirse Italia en dos partes: la Lombardia, desde los Alpes hasta las montañas de Saboya, será para el rey de Francia; la Italia peninsular para el emperador y el rey católico. Finalmente, «la última proposición que se podría hacer sería la referente á los suizos y dividir su país.» Estas locuras eran tanto más absurdas cuanto que el conjunto de las instrucciones respira sentimientos muy legítimos de desconfianza hacia el emperador, de quien se teme alguna «mala pasada.» El mismo Carlos de España es considerado como sospechoso, «á pesar de la buena amistad, alianza y confederación,» porque su juventud le expone á muchas sugestiones. En cuanto á los antiguos coligados de la Santa Liga, aunque en su mayor parte se han adherido á la causa francesa, se insiste en la necesidad de vigilarlos, «de poner siempre sutilmente algunas rencillas, odio ó celos entre ellos y no dejarse adormecer por sus buenas palabras.» De modo que se iba á Cambrai con las manos llenas, pero cerradas.

No es, pues, de extrañar que «se concertara allí solamente un pequeño tratado» que firmaron los plenipotenciarios en 11 de marzo de 1517 y cuyas cláusulas se

limitaban á establecer la protección recíproca de los Estados de los tres reyes contratantes, Francisco, Maximiliano y Carlos, y un proyecto de cruzada contra los turcos. El rey de Francia y el emperador habían resuelto «verse» en el mes de mayo siguiente; pero Maximiliano no debía *ver* ya más á Francisco I, como no había visto á Carlos VIII ni á Luis XII, pues prefería reservarse. Y aún hizo más, y fué, según parece, revelar al rey de Inglaterra las extrañas proposiciones del rey de Francia; y si no fué él, sería Carlos, cuya mano se adivina en todo este asunto.

Pero á lo menos toda Europa reposó una vez más durante una temporada. «El reino de Francia estaba en gran paz y tranquilidad y no había por entonces ningún rumor de guerra, división ó parcialidad. Los comerciantes hacían con gran seguridad sus expediciones de mercancías así por tierra como por mar y comerciaban pacíficamente juntos franceses, ingleses, españoles, alemanes y todas las demás naciones de la cristiandad, que fué la gran merced que Dios dispensaba al pueblo cristiano.»

Sin embargo, la cristiandad no había de disfrutar mucho tiempo de este estado ideal. Debajo de la política que había agotado sus recursos distinguíase ya una política nueva. En noviembre de 1516 había llegado á Amboise el conde Francisco de Sickingen, el cual venía para prometer á Francisco I «que le ayudaría con todas sus fuerzas y que el dicho señor sería elegido emperador cuando ocurriera la vacante del Imperio.» De modo que la quimera de la elección imperial surgía después de las quimeras de la conquista de Milán y de Nápoles ó del reparto de Europa.

En 1518 estaban terminadas las guerras de Italia propiamente dichas; ahora va á comenzar la lucha entre las casas de Francia y de Austria, más que por la posesión de Italia, por la preponderancia de Europa. Aquellas guerras ocuparon durante cerca de veinticinco años la actividad política, diplomática y militar de casi toda Europa, porque los sucesos dejaron sentir su influencia muy

lejos de la península, mientras ésta continuaba siendo el centro de acción casi único.

Francia fué el actor principal de aquellos acontecimientos: ella fué la que comenzó la guerra, la primera en armar á Europa contra Italia y casi siempre contra ella se armaron Italia y las grandes potencias. ¿Y qué resultados obtuvo? El Milanesado, dominio precario, incesantemente perdido y recobrado, pues en cuanto á Nápoles, causa primera de las luchas, desde 1503 ya no se trata de él más que por fórmula ó por amor propio.

¿Valían estos resultados los esfuerzos consumidos y la sangre derramada? Dejemos á un lado el heroísmo desplegado y los hechos de armas gloriosos, pues la tierra italiana no tenía más que otra cualquiera el privilegio de suscitarnos, y prescindamos también del Renacimiento, porque no cabe dudar que éste, sea cual fuere el juicio que merezca, se habría de todos modos producido en Francia y á buen seguro que mucho habríamos ganado con que se hubiese realizado por virtud de choques menos violentos.

¿Se dirá que era necesario ocupar la actividad militar de la generación de Carlos VIII y de Luis XII? No puede negarse que este modo de razonar constituye una singular filosofía de la historia del pasado, que resulta de esta manera muy empuñada. Pero aun admitiendo este criterio, se nos presenta el siguiente problema incesantemente planteado: ¿acaso no había en nuestras fronteras del Este, del Norte y hasta del Sudeste campos de actividad tan amplios, tan fecundos, adonde los acontecimientos, más fuertes que las pasiones y los arrebatos, no tardaron en llevar la política y las armas de nuestros reyes?

Y además, si queremos preocuparnos de algo más que de Francia y de Europa, ¿no es extraño y lamentable que nuestra patria se encerrara en el Mediterráneo, cuando comenzaba á abrirse el Océano, y en el continente cuando se ofrecía el Nuevo Mundo? Bien es verdad que por espacio de dos siglos los demás gobiernos no fueron más perspicaces que el nuestro.



Moneda de Francisco I

LIBRO SEGUNDO

FRANCIA DURANTE LAS GUERRAS DE ITALIA

CAPÍTULO I

EL GOBIERNO DE CARLOS VIII Y DE LUIS XII (1)

I. El territorio y el estado político.—II. La autoridad monárquica y sus representantes.—III. El rey y la nación.—IV. Reformas en la Universidad y en las órdenes monásticas.

I.—El territorio y el estado político

Los límites de la Francia de los comienzos del siglo XVI se extienden hasta donde llega no sólo la soberanía, sino además el dominio feudal monárquico.

Bajo este concepto la Francia comprende el Artois y la parte de Francia de aquende el Escalda, que deben vasallaje al rey, siguiendo después sus fronteras muy irregularmente el curso del Mosa y del Saona, unas veces por una margen y otras por otra. A partir de Lyon y hasta los Alpes describen los límites una línea en extremo complicada y en varios puntos confusa: hay territorios franceses en la vertiente del Sudeste, al paso que son piamonteses los altos valles del Ubaye y del Verdón. Finalmente, en el Mediterráneo, el punto terminal está entre Niza al Este y Antibes al Oeste.

La Lorena, el Franco-Condado, la Bresse, el Bugey, la comarca de Gex, Saboya y Niza constituyen en la región oriental las lagunas más notables de la Francia de 1494 comparada con la actual. Dos territorios enclavados en el Sudeste se encuentran en una situación particular: el principado de Orange que, á pesar de su título soberano, presta vasallaje al rey, y Aviñón y el Comptat Venaissin, tierras papales en las que, sin embargo, ejerce el rey algunos derechos. Por el lado de los Pirineos el Rosellón volvió á la corona aragonesa en 1494, Navarra es independiente y el mismo Bearn no está unido á la monarquía más que por un vasallaje muy discutido.

El rasgo geográfico é histórico esencial es la consolidación de nuestro país en una masa fuerte y compacta entre España y Alemania, desde el Mediterráneo hasta la Mancha y el Océano, consolidación que se ha acen-

(1) FUENTES PARA EL CAPÍTULO I.—Algunas de las que han sido indicadas para los capítulos I y II del libro primero, y además: *Recueil des ordonnances des rois de France* (edición llamada del Louvre, tomos XXI y XXII; Isambert, *Anciennes lois françaises*, tomo XI (1483-1514).

OBRA.—La misma observación que para las fuentes. Agréguese: *L'Art de vérifier les dates* (edición de 1783-1787), tres volúmenes. P. Anselme, *Histoire généalogique et chronologique de la maison royale de France*, nueve volúmenes, 1726-1733. Respecto del estado geográfico puede consultarse el mapa XXIX del *Atlas historique de Schrader* y el del libro de Dupont-Ferrier, véase más adelante, pág. 136.

tuado con la adquisición de la Borgoña y de Provenza y con la reunión preparada de la Bretaña, que continúa siendo patrimonio particular de la reina, con reversión eventual á la corona.

Pero todas las tierras francesas no son todavía tierras reales, existiendo todavía en la Francia del siglo XVI un patrimonio de la corona y señoríos feudales, estos últimos especialmente en la cuenca del Loira medio, en el Macizo central y en la región pirenaica. Una gran parte de estos territorios feudales están en poder de los príncipes de la familia real, los «reales.»

La casa de Borbón, descendiente de San Luis, es la más antigua y está sólidamente establecida en el Macizo central, que ocupa casi por entero. Se divide en tres líneas: la Marche, Borbón y Montpensier. La primera posee el condado de Vendome, Soissons, Marle, Condé, Enghien; los Borbones propiamente dichos reunen en sus manos el ducado de Bourbonnais, el de Auvernia, el condado de la Marche, Murat, Carlat, el condado de Forez, el Beaujolais, la Dombe, Clermont de Beauvaisis, Gien y Châtellerault; los Montpensier poseen el condado de Montpensier y el Delfinado de Auvernia (2).

La casa de Alençon posee el ducado-pairía de Alençon, el Perche y el vizcondado de Beaumont, y su poder es escaso.

Desde el advenimiento de Luis XII, la casa de Orleans no tiene más que un representante, Francisco, conde de Angulema; cuando éste fué rey, el condado pasó á su madre, engrandecido y convertido en ducado.

Después de los «reales» vienen los «feudales» que sólo en el Mediodía tienen verdadera fuerza.

Nada más complicado que la situación de las casas de Albret, de Navarra y de Foix, es decir, del Mediodía pirenaico (3). El jefe de la familia, Alain *el Grande*, señor de Albret (1471-1522), está establecido en Nerac, en Tartas, en Dax y en una parte del Perigord, perteneciéndole también Avesnes y Landrecies, al Norte. Su hijo Juan de Albret y su nuera Catalina de Foix son dueños de Navarra, Foix y Bearn.

Existen además una multitud de señoríos que forman una verdadera taracea en el dominio real: en el Norte y en el centro, los condados de Guines y Ardres, de Duonois y de Longueville, de Aumale, de Eu, de Guisa, la señoría de Joinville, Montmorency, Ecouen, Damville, Chantilly, los condados de Dammartin, de Nemours, de Joigny, de Tonnerre, de Nevers, el Sancerrois, etc.;

(2) Véase más adelante el cuadro genealógico de los Borbones.

(3) Véase anteriormente, pág. 103, el árbol genealógico de los Albret y Foix.